

Capítulo 31 - - Luces Pálidas

Los vigilantes envueltos en capas negras se llevaron el cuerpo de Felis.

Lo que quedó de él, en todo caso: las balas de mosquete habían convertido al hombre en retazos rojos.

Tristán no sintió ninguna tristeza al verlo. Si había una tragedia en Felis, era en quién había llegado a ser, no en quién se había convertido. El polvo, el miedo y la pobreza habían desgastado lo bueno, dejando en relieve lo malo con nitidez. Lo que quedó no le despertaba amor en el ladrón, aunque tampoco era digno de desprecio. No importaba si una piedra era mármol o grava: si la dejabas en el fondo del canal el tiempo suficiente, todo sería reducido a nada. La Ley de las Ratas no era como el halo de Destello otorgado a las grandes haciendas de los infanzones, esa mirada implacable e incesante. Vivía en los espacios entre ellas, filtrándose por las luces de los faroles del Muerto que se desgastaba y parpadeaba, dejando entrar un poco más de oscuridad cada año.

Era sencillo ser virtuoso cuando las luces permanecían encendidas sin apagarse.

Las mismas almas que salieron del Fuerte Viejo en tres cuadrillas regresaron ahora como una sola multitud, aunque aparentemente mucho más recelosos entre sí que antes. Tristan los había contado cuando llegaban y solo faltaba uno: Aines. Ahí, su corazón se apretó, aunque solo por un instante. Solo otra rata muerta, se dijo a sí mismo. La misma elegía que recibiría cuando su final llegara, una tumba sin marcar convertida en palabras.

“Algo sucedió”, dijo en voz baja Maryam desde su izquierda. “No estarían así si Aines hubiera muerto en una prueba”.

Tenía razón, pensó Tristan. Que Felis hubiera sido abatido había destruido el último vínculo de solidaridad en la multitud que regresaba, todos dispersándose en pequeños grupos de confianza como si nunca hubieran pasado por la molestia de reunirse en mayor número. Presión para separarse, pensó Tristan, pero siempre había existido esa presión. Que ahora funcionara implicaba que ya no había una mayor fuerza que los obligara a mantenerse unidos. Dado el momento y el contexto, una respuesta destacaba sobre las demás.

“Encontraron un camino que lleva al final del laberinto”, adivinó Tristan.

“Eso no explica por qué se miran unos a otros como si alguien fuera a sacar un cuchillo”, respondió Maryam.

Entonó un clara.

“¿Crees que hubo una pelea?”, preguntó.

“Creo que Jun ha enviado compañía a Nav”, dijo Maryam.

El ladrón levantó una ceja hacia ella. La implicación que entendió —que ella creía que el asesino había atacado de nuevo—, pero la última palabra le resultaba desconocida.

“Ese lugar donde van los muertos”, afirmó ella.

“Cementerios, si tienen suerte”, dijo él. “Perros si no la tienen”.

“Sombrío”, alabó ella.

“Intento ser así”, respondió humildemente, con los labios tensos.

Aún compartiendo sonrisas, su mente aceleraba. ¿Por qué Aines? La mujer de mediana edad era débil físicamente, pero había otras igual de vulnerables y rara vez estaba sola. A menos que, por supuesto, la cercanía de Felis hubiera sido el objetivo. Intentar enmarcar al hombre en un intento de incriminar a Tristan. Eso requeriría, sin duda, conocimientos muy específicos. ¿Quién más sabía acerca de los juegos rojos, que hubiera algo para acusar a Felis? Lan lo sabía y se lo había contado a Yong. Probablemente Tupoc, pensó Tristan, y eso seguramente significaba Ocotlán. Maryam, por supuesto. Ninguno de estos encajaba con la sombra en la pared.

“¿En qué estás pensando?”, preguntó Maryam.

“Que la Guardia acaba de descartar nuestra mejor pista”, respondió Tristan. “Vamos a tener que preguntar cómo reaccionaron después del asesinato — no colgaron a nadie por ello, pero ¿investigaron?”.

Si lo hubieran hecho, existía la posibilidad de que al menos una persona hubiera sido lo suficientemente astuta como para preguntarle a Felis quién más conocía sobre los juegos rojos. No necesariamente él, corrigió luego el ladrón. Tristan mismo había llegado a sospechar que Felis buscaba matar a su esposa, tras escuchar la mitad del rompecabezas que Aines le había confiado. Otra persona podría haber hecho lo mismo. Y Lan podría haber vendido la información, añadió. Sin embargo, Felis seguía siendo la mejor pista. Necesitaba averiguar si alguien había considerado esa vía. Sus ojos se posaron en Maryam.

—¿Puedes averiguar si Lan le contó a alguien acerca del juego rojo a esas dos personas?
—preguntó.

No podía hacerlo él mismo, ya que había fingido públicamente que había tenido un conflicto con el mellizo. Maryam asintió.

—¿De verdad crees que puedes descubrir quién es el asesino? —preguntó ella.

—No lo suficiente como para probarlo —respondió él—. Pero tampoco estoy buscando colgar a nadie.

Forzar una tregua, manteniendo al asesino alejado de cualquiera con quien conspirara, sería más que suficiente. No le importaría matarlos si pudiera, dadas sus acciones en su contra, pero ya tenía más que suficiente venganza en su plato.

—Si logro identificar a los responsables, lo haré —advirtió Maryam.

Él hizo una mueca, pero finalmente asintió con la cabeza. No era su derecho imponerle su criterio, por mucho que preferiría no hacerlo. Mientras ella supiera que él no tenía intención de actuar como su salvador a su lado. Tristan se apartó de la pared, sin perder tiempo en buscar a Yong. El veterano Tianxi había dejado descuidadamente sus asuntos en el suelo del patio, puso su espada sobre la mesa y ahora se servía una copa con una petaca propia en una taza de cocina. Incluso desde el otro lado de la mesa, donde Tristan se deslizó para ocupar un asiento, el olor a licor rancio era penetrante para los sentidos.

—Pensé que aparecerías —dijo Yong, con un tono aún no completamente entonado.

Aunque no por mucho, pensó Tristan, mientras Yong vaciaba su copa antes de llenarla de nuevo. Sin embargo, los dedos del hombre temblaban, aunque sutilmente, y parecía agotado.

—¿Qué pasó allá afuera? —preguntó el ladrón, con una voz más suave de lo que esperaba.

—Alguien le cortó la garganta a Aines —dijo Yong de manera contundente—. La situación se desmoronó después de eso. Hubo muchas discusiones, todo se vino abajo y luego seleccionamos a tres personas para investigarlo.

Tredegar era una opción clara, pero con el grupo de Tupoc habiendo perdido a dos—Augusto y Aines—la situación era inestable.

—Tredegar, Tupoc y yo —precisó Yong, mientras apartaba un flequillo desordenado.

A pesar de los esfuerzos de Vanesa, el cabello del exsoldado se negaba a mantenerse en orden ahora que la coleta superior había desaparecido.

—¿Qué encontraron? —preguntó Tristan.

Yong se inclinó sobre la mesa, tomando una segunda copa de la pila de platos y cubiertos que la Guardia había dejado allí para que los acusados en proceso los usaran, y la colocó frente al ladrón. Vertió su petaca sobre ella.

—No bebo —dijo Tristan.

Yong solo dejó de hacerlo cuando la copa estuvo dos tercios llena. El olor a ese licor rancio de la Guardia era realmente desagradable, pensó el hombre de ojos grises.

—Bebe igual —replicó Yong implacable.

Tristan observó profundamente la expresión del otro y encontró que todo era demasiado serio. Sus labios se comprimieron, pero asintió y tomó la copa en sus manos. No la bebió realmente, por supuesto—. El licor es un veneno peor que la belladona o el arsénico, que solo dañan a quienes lo ingieren—, pero humedeció sus labios y actuó como si bebiera. Yong volvió a terminar su copa, y el ladrón esperó que desacelerara su consumo o acelerara su informe. De lo contrario, pronto tendría que esperar a un hombre inconsciente.

—Que se pudran todos —dijo el Tianxi—. Eso es lo que encontré. Lan dice que Nair y Goel duermen juntos y que Lady Ferranda andaba tras alguna trampa oscura, pero no eran ninguno de ellos. No logré acercarme a descubrir quién fue el culpable.

Tristán frunció el ceño.

—Felis, ¿lo interrogaste tú? —preguntó.

—Todos lo hicieron —Yong se encogió de hombros—. Incluso Tupoc, aunque supongo que fue más por mantenerlo en silencio. Se quedó demasiado tiempo, para cualquier otra cosa.

Tupoc Xical. Por supuesto que tenía que ser ese bastardo inconveniente quien descubriese la pista correcta para seguir. Esto no sorprendió a Tristán, quien desde hace tiempo sabía que la fortuna es una criatura hostil, por haber sido asignada a ella por la divinidad, en lo que parecía ser una versión embriagada de la tía del concepto.

—¿Y después? —insistió.

—Seguimos el camino hacia una gran fortaleza-templo —dijo Yong—. Una vez atravesamos eso, es una línea recta hasta el final del laberinto.

—¿Con pruebas incluidas? —frunció el ceño el ladrón.

—Suposadamente —Yong se encogió de hombros.

El Tianxi se sirvió otra taza. Este sería un informe esquemático, pero obtener una imagen más completa tendría que esperar hasta que Maryam lograra que Lan se lo soltara o que él tuviera la oportunidad de hablar con Isabel Ruesta. Tristán observó al otro hombre, preguntándose qué sería lo que había estremecido tanto sobre las muertes recientes. No había estado así cuando Sanale murió, ni ante las otras pérdidas posteriores. Y debía haber dado una impresión de sobriedad suficiente para que los otros lo eligieran tras la muerte de Aines, así que no podía ser eso tampoco.

—¿Felis estaba bajo el efecto de alguna sustancia en el camino de regreso? —intentó.

El anciano se rió, con un sonido algo balbuceante.

—¿Crees que me veo en él? —dijo Yong—. Aún eres joven, Tristán. La necesidad no es una coterie ni una brigada; no sientes por los otros que la comparten. Es tan egoísta como cualquier otro deseo.

El rostro del ladrón se tensó.

—Entonces, ¿qué fue lo que de su muerte te sacó de quicio? —preguntó.

Yong respiró lentamente, de manera superficial.

—¿Alguna vez has oído disparar más de una escuadra de mosquetes a la vez, Tristán? —preguntó.

—Justo ahora —respondió sin vacilar.

La pólvora negra no era algo extraño en el Murk, pero ninguna coterie se atrevería a usar mosquetes de forma irresponsable. Una ráfaga en la espalda de vez en cuando pasaba desapercibida, pero que treinta hombres descargaran sus armas en una calle... eso era algo que la Guardia se encargaría de erradicar, Murk o no. Yong llenó su taza al tope.

—Una vez alcanzado cierto número de mosquetes, no importa cuántos hayan disparado —dijo el viejo—. Todo suena igual para nuestros oídos; no somos tan hábiles distinguiendo los ruidos.

El estómago de Tristán se apretó.

—Suena como una andanada.

—Había pasado mucho tiempo desde que escuché algo así —susurró Yong—. Dioses, cuánto desearía que hubiera sido más largo.

El ladrón quería preguntarle más, ofrecer su ayuda, pero eso podía esperar. A este paso, el Tianxi caería rendido en la cama en cualquier momento, si lograba volver a ella. Tristán fingió volver a tomar la poción, con los labios ardiendo por la fuerza del licor rancio. Estaba planificando cómo partir cuando Yong interrumpió.

—Mi turno de hacer preguntas —dijo—. Fuera hay una escalera de cuerda, que lleva hacia la columna. ¿Qué ocurrió?

El ladrón relató todo desde el principio, hasta el dios que esperaba tras la cerradura rota y la existencia del elevador que había comprobado.

—¿Y crees que esto conducirá a un camino que pase más allá del laberinto?—preguntó Yong.

—Tiene que ser así—afirmó Tristan—. Los demonios han colocado estos santuarios aquí de algún modo, y no es la forma en que la Vigilancia los utiliza. Además, los Antediluvianos habrían querido una vía para acceder a su aparato en el techo sin tener que rodear siempre el largo camino.

—No lo des por sentado—advertió Yong—. No hay forma de llegar a Los Luminares en Tianxia.

—Esos están en el firmamento—argumentó Tristan—. Esto es mucho más pequeño en escala.

Yong musitó, y tras un largo momento asentó con la cabeza.

—De acuerdo—dijo—. ¿A quién piensas incluir? Necesitaremos arcabuces, a menos que quieras confiar en la vigilancia para deshacerse del dios por ti.

—No creo que necesitemos matar al dios—contestó Tristan—. Basta con ahuyentarlo. No necesitamos un ejército, sino un buen tirador y municiones de sal. Con eso y los Signos de Sarai, deberíamos poder llegar a la ascensor sin peligro, incluso si está al acecho.

—Y yo seré tu buen tirador—dijo Yong.

Cuando está sobrio, sí—pensó Tristan.

—¿Cómo piensas conseguir municiones de sal?—preguntó.

—Voy a pedirlo cortésmente—respondió con una sonrisa agradable.

El Tianxi resopló.

—Está bien, mantenlo en secreto—dijo—. ¿Y estás seguro de que la vigilancia nos permitirá intentar llegar al ascensor?

—Sí.

Su sospecha era que la teniente Vasanti no lo dejaría ir con un grupo, sino solo él, porque codiciaba el conocimiento que guardaba en su interior. Qué suerte para él que la teniente Vasanti no era la única oficial en el Fuerte Viejo. Ese trato le costaría, pero ya había organizado hacerle ese favor más tarde esa noche.

—Quizá esto sea más arriesgado que volver a adentrarse en el laberinto—finalmente dijo Yong.

Tristan reunió en su mente los argumentos, pero se contuvo. Al menos permitiría que el Tianxi lo pensara primero.

—Pero las pruebas se vuelven más peligrosas y todavía no soy un vencedor—dijo el hombre mayor, acariciando su barba—. Sin mencionar que puede que reciba una visita en la noche.

Su rostro se tensó.

—Una arcabuz pequeña—finalmente dijo Yong—. Déjame intentar convencer a Lady Ferranda para que participara.

Ferrand Villazur, a pesar de su nacimiento deplorable, había demostrado ser confiable. Podía soportar la leve incomodidad de confiar en una infanzona, si ella aceptaba.

—Mientras jure guardar secreto—respondió Tristan.

El otro hombre asintió.

—¿Y si Ferranda se niega?—insistió el ladrón.

—Sigues siendo el mejor caballo—dijo Yong, pasándose la mano por el cabello.

El antiguo soldado intentó levantarse, pero sus extremidades estaban entumecidas. Tristan se levantó a medias, ayudándolo a volver a la banca.

—Puedes hablar con Lady Ferranda más tarde, durante la cena—dijo—. Quizá primero tomar una siesta.

—Tal vez—contestó Yong.

Pero sus ojos estaban nuevamente en la petaca y su vaso vacío. El ladrón no tenía intención de quedarse a ver qué vendría después.

—Hablares más tarde—dijo.

Yong lo despidió con un gesto de mano, que ya no temblaba. Tristan hizo una mueca. No era lugar para emitir juicios. Sin embargo, se marchó apresurado, y se sintió aliviado al ver que Maryam le guiñaba un ojo desde donde se sentaba junto a Lan. La mujer de tez pálida negó con la cabeza. Entonces, Lan no había vendido información sobre Aines y Felis. Eso reducía las posibilidades. ¿Quién más había formado parte de la tripulación de Tupoc además de la pareja que ya no estaba? Ocotlán, Lan, Augusto. No podía ser Augusto, que no estuvo presente en el segundo asesinato, y Ocotlán no habría sido tan discreto. En cuanto a Lan, ella no habría asesinado a su propia hermana.

Su dolor, tras haber sido demasiado crudo para ser fingido.

Entonces, debía haber sido alguien de otra tripulación. Perseguir cada rostro, cada posible sospechoso, sería una pérdida de tiempo. Además, todavía había demasiados secretos guardados para que él pudiera identificar al culpable con la información que poseía. Tenía que seguir el secreto que conocía, lo que significaba que todo volvía a Felis y Aines. Si Felis había sido la fuente del filtración, Tupoc debería saberlo. Eso implicaba que el paradero de Izcalli valía una segunda revisión. Y, curiosamente, cuando Tristan había mencionado que faltaba el Aztlán, Yaretzi también había desaparecido.

Preguntar a otros habría alertado, habría sido demasiado revelador, por lo que el ladrón decidió seguirlos por su cuenta. Había solo unos pocos lugares a donde podían ir, aquí en la Vieja Fortaleza, lo que pronto le llevó a la respuesta: no estaban en la Fortaleza vieja.

Habían salido nuevamente fuera de las murallas para inspeccionar la escalerilla de cuerda y la nueva abertura en el pilar, ambos permaneciendo al descubierto. Tristan no intentó ocultarse de los guerreros de capa negra al atravesar la brecha, pero después mantuvo la sombra del parapeto mientras se acercaba sigilosamente a ellos. Ellos conversaban, y la discusión parecía ser áspera. Yaretzi, aunque mantenía una expresión calmada, se mostraba tensa. Su mano no se alejaba mucho de su larga daga. Tupoc, por su parte, la rodeaba como un buitres con una sonrisa. La buena ventura de ese hombre raramente indicaba algo agradable para otros.

“-¿Trabajas gratis?” decía Tupoc. “Eso no es buena para los negocios, Turquesa.”

“No sé de qué hablas,” respondió la otra Izcalli con tono igualado. “Si quieres acusarme de ser la asesina, Tupoc, hazlo delante de todos.”

Le lanzó una mirada dura.

“Pero no lo harás, porque estás cazando,” dijo ella. “Eres solo otro idiota de la sociedad guerrera intentando conseguir una reacción de la gente, porque eso es lo único que todavía te excita.”

Maldición, pensó Tristan. Tupoc no sabe quién fue. No estaría presionando a alguien así sin pruebas, si supiera. Lo que implicaba que Felis no había sido la que habló, sino Aines. Sería una pista mucho más difícil de seguir, si es que era posible en absoluto. No había estado muy atento a Aines y no se le ocurría nadie que pudiera haberlo estado. El ladrón había obtenido lo que buscaba, pero permanecía en las sombras. Esa conversación parecía estar cargada de secretos, y nunca hay demasiados.

“Ah, no tengo suficiente para estrangularte,” admitió Tupoc alegremente. “Pero sé una cosa: no era esa posición de omacalitztli en el laberinto. Cuando tu vida está en riesgo, no peleas como un diplomático.”

“¿Eres—”

Tupoc, al escuchar a la otra Aztlán, de repente echó un vistazo cauteloso alrededor. Esto hizo que Yarezi se detuviera. Es hora de irse, pensó Tristan. No tenía intención de ser descubierto espionando.

En cuanto Tupoc apartó la vista, él se retiró rápidamente.

--

No era necesario buscar una forma de hablar con Isabel Ruesta, ella misma se encargó de encontrárselo.

Una susurrada pasó a ser actuación improvisada, la infanzona se sentó en el banco más cercano a su petate mientras él iba a por su botiquín. Al menos algunas partes de él. Había conseguido alcohol puro y vendas de manos del médico de la Guardia unos días atrás—el hombre se había mostrado rotundamente en contra de abrir sus reservas para algo más—, así que el ladrón se encontró arrodillado ante la noble de cabello oscuro, limpiándole la ‘herida’ con un paño empapado en licor. Era solo un pequeño corte en la parte trasera de la mano, no lo suficientemente grave como para requerir la atención del médico de la guarnición, y una excusa adecuada para acudir a él en su lugar. ¿Lo había hecho ella misma?

Él no prestaba suficiente atención para especular.

“Le dije a Remund que su constante vigilancia me incomodaba,” susurró Isabel, “pero solo tenemos un tiempo limitado.”

Tristán sonrió y asintió.

“Espero que pasado mañana podamos llegar al final del laberinto,” afirmó. “Es momento de actuar.”

“¿Puedes verme en tu tripulación?” preguntó él.

“Le diré a Angharad que preguntaste si aún conserva su invitación,” dijo Isabel. “Será más que suficiente.”

No había ninguna duda en su voz. Ella se sentó allí, con comodidad, observándolo desde arriba mientras él pasaba la venda por última vez sobre la herida y alcanzaba las vendas. Le sorprendió que la infanzona no hubiera pestañeado al sentir el alcohol en la herida abierta, aunque fuera leve. Tristan pensaba que su temple era estrictamente de carácter astuto.

“¿Cómo lo harás?” preguntó ella.

“¿Hay una habitación donde sea fácil dividir al grupo?”

Ella asintió mientras él envolvía las vendas alrededor de su mano.

“Antes del pasillo del espejo hay una habitación con una rueda y tres puertas; seguramente nos separaremos allí,” dijo Isabel.

“Entonces, él irá conmigo,” dijo el hombre de ojos grises, “y volveré al viejo fuerte después.”

La infanzona asintió lentamente.

“Supongo que será para retirarse,” aventuró.

“Vine aquí por venganza,” dijo Tristan. “¿Por qué arriesgar mi vida más allá de conseguirla?”

Isabel inclinó la cabeza en señal de aceptación.

“Que tu hermana descanse tranquila después,” susurró. “Suerte, Tristan. Si no volvemos a hablar, ha sido un placer.”

Tristán solo le devolvió una sonrisa, atando la última venda y levantándose. Sentía que habían estado demasiado tiempo allí; podía sentir las miradas detrás de su espalda. Lady Isabel también lo debía haber percibido, porque se retiró tan rápidamente como le permitió la cortesía. Sin duda, Tredegar pronto aparecería para revisar las vendas. Fortuna salió de su escondite con gracia, acomodándose en el banco que acababa de dejar la infanzona y apartando sus bucles como si posara para un pintor.

“¿Por qué mentiste sobre la Prueba de las Malas Hierbas?” preguntó ella.

Tristan fingió bostezar, cubriéndose la boca.

“Porque ella es una serpiente,” respondió. “Si piensa que conseguirá deshacerte de mí después, será menos propensa a conspirar para matarme.”

Después de todo, sería un cabo suelto para la infanzona. Alguien que supiera que ella había negociado la muerte de un miembro de la Casa Cerdan, un secreto que fácilmente podría ser extorsionado. Tristan esperaba que ella todavía intentara hacerlo desaparecer, pero al menos hasta que el acto se cumpliera, él estaría a salvo: no tenía otro verdugo a quien llamar. Y en cuanto al después, no pensaba volver con ella al Sacromonte, donde una palabra suya podría convocar a una docena de guardias armados.

“Esa chica es interesante,” musitó Fortuna. “Justo la combinación perfecta de necesidad y astucia.”

Ya casi sentía lástima por la infanzona. ¿Existiría alguna alabanza más dañina que la aprobación de la Dama de las Probabilidades Altas por tu carácter?

Mientras mordía el borde de sus labios, recogió sus asuntos y volvió a su lecho, donde le esperaba el arcón. Todavía presentaba daños del Trial de las Líneas y, lamentablemente, no poseía la destreza suficiente en carpintería para repararlo más allá de los arreglos básicos. La verdad era que, probablemente, no valía la pena, pues quedaba poco en su interior, nada que no pudiera trasladar cuidadosamente en una bolsa. La cojera que se acercaba desde atrás, cuando se puso de pie, no requería presentación alguna. Solo había una persona en el viejo fuerte que usaba muletas.

—Vanesa—, dijo, girándose para enfrentarse a la anciana.

Su rostro pálido brillaba con un destello de preocupación.

—Tristán—, frunció el ceño. —Lamento tener que pedirte, ¿tienes algo en tu botiquín para el dolor?

Él negó con la cabeza.

—Todos los remedios que me quedan son en cierta medida tóxicos—, le explicó—. Excepto el trementina, que no serviría para aliviar el dolor.

No del todo, ya que el extracto del hongo de barba solo inducía una locura violenta, pero había sido roughly correcto. Ni el arsénico blanco, ni mandrágora, ni antimonio serían útiles para Vanesa. Incluso como remedio para terminar con el sufrimiento, no los recomendaría. Ninguno era un veneno suave.

—¿Estás completamente segura?—, insistió ella, con un solo ojo fijo en el botiquín.

—Nada bueno saldría de que alguien bebiera de esas botellas—, respondió firmemente—. ¿Vamos a pedir al médico otra dosis de amapola?

—Mi dosis ya es demasiado alta, dice—, le explicó Vanesa—. Cualquier cantidad adicional sería peligrosa para mí.

—La amapola es un medicamento potente—, dijo Tristán—. Quizá sería mejor que te sientes a descansar, al menos por un rato.

—Quizá dormiré durante la cena—, concedió la anciana—. Mi apetito mengua.

Lo cual no era, pensó él, ninguna buena señal. Pero el desenlace nunca estuvo en duda desde el momento en que Vanesa rechazó la amputación. Sin embargo, si podían llegar al santuario antes de la tercera prueba, si estaban cerca de un final seguro... Entonces, pensó, tal vez ella podría ser persuadida a reconsiderar.

—Además—, dijo Vanesa con cansancio—, hay más de un tipo de dolor. Pobre Brun, parece como si el muchacho estuviera condenado.

Se levantó una ceja.

—¿Cómo así?—.

—Primero estuvo enamorado de esa muchacha Briceida, que fue llevada por los abismos—, explicó—. Y ahora, pobre Aines, que fue asesinada en la noche.

Tristán se quedó en silencio.

—¿Estuvieron cercanos?—, preguntó con una luz forzada en la voz.

—A veces jugaban después de la cena—, dijo Vanesa—. No me sorprende que nunca lo hayas notado; Felis era muy celoso, así que lo mantenían en secreto.

Brun. Brun había estado conversando con Aines desde que llegaron al Antiguo Fuerte, quizá aprendiendo sobre el juego rojo. La mente de Tristan corría en busca de hipótesis, analizando los posibles ángulos. El sacramentano tenía un contrato, uno que podía usarse para detectar a las personas, pero cuyos mecanismos seguían siendo poco claros. Brun había estado presente cada vez que ocurría una muerte. ¿Motivo? Mejor no hacer suposiciones demasiado precipitadas. Sacar conclusiones ciegamente sobre las motivaciones de un extraño era una pérdida de tiempo. ¿Quién más podría ser?

Ishaan, quizás ayudado por Shalini, pero ninguna de las muertes había sido favorable a los Ramayans. Yarezi, aunque lo que Tupoc creía haber hallado respecto a ella sólo complicaba las cosas. Solo había un número limitado de oscuros secretos que alguien podía sostener al mismo tiempo. No Song, ella está aquí por la misma razón que Maryam. Tampoco deberían ser los infanzones, cuyos venenos se volvían hacia su propia carne, y eso dejaba solo a tres: Acanthe Phos, Yong y Ferranda.

Y Tredegar, si es que buscabas una risotada.

El contrato del asfódelo, sin embargo, no encajaba, y apartando las dudas personales, a menudo Yong se dormía borracho. No apto para cometer asesinato. Quedaban Ferranda Villazur, y a ella tampoco le agradaba, por sus acciones. Por un lado, ella y Sanale habían estado solas con Lan

durante un tiempo antes de que el grupo de Tristan los sorprendiera. Tal vez, Sanale desconocía que su amante era un asesino, por lo que había guardado silencio, pero eso era una trama tortuosa. Quedaba Brun, el joven educado y simpático que todos apreciaban, que había tomado todas las decisiones acertadas. Tal vez, pensó Tristan, la doncella de cabello rubio del Sacromonte tenía un talento especial.

O quizá su contrato no fuera lo que parecía ser.

—¿Tristán?

El ladrón negó con la cabeza, sonriendo a Vanesa.

—Lo siento —dijo—. Estaba perdida en mis pensamientos. Realmente pobre Brun.

La anciana le dio una palmada en el hombro.

—Deberías descansar también —indicó—. Te ves cansado.

—Pronto —respondió él—.

Aún le quedaban dos conversaciones por delante.

—

Brun de Sacromonte tenía los rasgos que la mayoría consideraba atractivos en los hombres: piel tersa, rostro simétrico y mandíbula fuerte. Buenas formas, buena educación y una actitud tranquila probablemente dejaban a pocos adivinar que provenía de las Tierras Sombrías, pero Tristán había podido percibirlo desde el principio. Estaba en los pequeños gestos, en la forma en que siempre construía una barrera detrás de sí cuando podía, pero evitaba estar en las esquinas.

Era la manera en que alguien pequeño, rodeado de gente mucho más grande y con poca amabilidad, aprendía a comportarse.

El otro hombre —solo unos años mayor que Tristán, por su apariencia— limpiaba su pistola cuando el ladrón se le acercó. Solo usaba la mitad del banco con el trabajo, dejando suficiente espacio para que Tristan se acomodara. Los ojos de Brun se alzaron, lo observó y luego dejó el paño y la pistola.

—¿Tristán, verdad? —dijo Brun—. No hemos hablado mucho.

—No, no lo hemos hecho —sonrió Tristán—. Pero de alguna forma siento que te conozco.

Brun ladeó la cabeza, luego discretamente formó con sus dedos la Marca de la Rata.

—Sabes mejor que preguntar eso —contestó el ladrón.

El hombre de cabello rubio se encogió de hombros.

—Pareció educado fingir —dijo—. ¿A qué debo el gusto, Tristán?

—Tengo un problema, Brun —dijo con ligereza—.

—Estoy tratando de mantenerme limpio —respondió el otro, con tono apologético—. Unirme a la Patrulla es una especie de nuevo comienzo para mí.

—Eso es exactamente lo que quiero —asintió Tristán—. Un nuevo comienzo. Aquí las cosas son diferentes, ¿verdad? Todas esas reglas, todos estos muros.

El hombre lo miró tranquilamente a los ojos.

—No entiendo tu intención —dijo Brun.

—Los malos hábitos toman tiempo en dejarse —indicó el ladrón—. Pero Brun, no soy un rojo, y el negro todavía está a semanas de alcanzarnos. No suelo juzgar.

El hombre parecía perdido. Incluso Tristan pudo haberle creído si aquellos ojos hubieran vacilado siquiera un poco.

—No sé qué—

—Sarai —dijo—. Yong, Francho, Vanesa, Lan. Si algo les ocurriera, estaría sumamente enfadado.

—Tristán —dijo pacientemente Brun—. Evidentemente, creíste que yo estaba involucrado en algo, pero—

El ladrón se inclinó con cercanía.

—No te pido que confieses, Brun —susurró—. Ni siquiera que asientes con la cabeza. Ambos sabemos que no lo harás. Solo te digo que si vienes por mí o por los míos, descubrirás que no soy el único que puede cortar gargantas en la oscuridad. Y tampoco habrá forma de silenciarme: ya se lo he contado a otros, así que tu pequeño secreto ya se ha difundido demasiado para enterrarlo.

Maryam había llegado a la conclusión de que no tenían suficiente para colgar al hombre, aunque reservaba el derecho de informar a otros. Francho ni siquiera tuvo que ser solicitado para mantenerse en silencio, el anciano fascinado por aquella escena pero reacio a intervenir.

—Esto es absurdo —suspiró Brun—. Si crees que soy el asesino, por todos los dioses, díselo a todos. Yo demostraré mi inocencia.

—Es muy probable que lo hagas tú —se encogió de hombros Tristan—. Por eso no veo razón alguna para molestarme.

—Eso resulta inquietante en múltiples aspectos —comentó el hombre—. Creo que esto ha durado suficiente; por favor, váyanse.

—Creo que nos entendemos —asentó el ladrón, levantándose y estirando sus extremidades—.

Hizo una pausa y, por una simple ocurrencia, añadió una cosa más.

—¿Dirías que el mundo es ruidoso, Brun? —preguntó.

El hombre pareció haber sentido como si le clavaran un cuchillo en el vientre, pero solo fue por media fracción de instante. La calma y la cortesía volvieron a su semblante después de eso. Sin embargo, en sus ojos verdes ahora residía cierta cautela, algo que antes no había allí.

—No, Tristan —contestó Brun finalmente—. En realidad, lo encuentro sumamente silencioso.

Y el ladrón no sabía por qué, pero esa respuesta le produjo un escalofrío que le recorrió la espalda.

--

Reunirse nunca iba a ser difícil.

Sin embargo, concertar un encuentro en secreto había sido otra historia. Transmitir un mensaje mediante el sargento Mandisa había dado resultado: una hora y un lugar. El resto lo había planeado él mismo. Después de la cena, Tristan tuvo una breve conversación con Angharad Tredegar, quien confirmó que podía salir con ella al día siguiente. Aprovechando esa cita como excusa, regresó al arsenal de la Guardia para conseguir el equipo necesario que le permitiera escalar los restos del laberinto de espejos de cristal, según lo planeado por Tredegar y sus acompañantes.

El teniente Wen lo esperaba adentro, masticando una manzana.

Vestía sus gafas y se apoyaba contra un atril vacío para espadas, masticando con fuerza la pulpa de la fruta. Cuando tragó, en voz alta, Tristan le hizo un gesto de saludo.

—Teniente —dijo.

—¡Pedazo de inútil! —respondió Wen con facilidad—. Le dijiste a Mandisa que tenías algo importante que decirme. No debería ser necesario recordarte que hay consecuencias por hacer perder mi tiempo.

Quédate con la apariencia de desinterés si quieres —pensó Tristan—, aún así, tú mismo arreglaste la cita en la que Vasanti no nos vería.

—Necesito municiones de sal —dijo—. Para mosquetes y pistolas.

Wen mordió con fuerza su manzana, mascando y tragando ruidosamente. Solo habló después.

—Una —dijo.

—¿Una? —repitió Tristan—.

—Estoy contando las veces que me vas a decir algo por lo cual podría ordenar que te fusilen —dijo Wen—. Pero, por favor, continúa. ¿Podrías explicarme por qué debería confiar en que un parásito te entreguen municiones valiosas, que son propiedad de la Guardia?

—Quiero llevar un equipo al interior del pilar —dijo—. He encontrado un camino hacia la cima que no le he mencionado a Vasanti.

—Dos —contó Wen, y mordió otra vez, rápidamente, sin prolongar la acción.

Comió más deprisa esta vez, sin buscar efecto dramático.

—No veo por qué eso signifique que deba entregarte municiones —dijo el teniente—. En realidad, estoy considerando confiscar algunas de las tuyas, para escuchar cómo mueres horriblemente al otro lado de la puerta y luego insistir en soldarla herméticamente para siempre.

—Porque, si no llego primero, será el teniente Vasanti —afirmó Tristan—.

Wen pareció no impresionarse. El ladrón pensó: Lo estoy perdiendo.

—Así, ella conseguirá lo que quiere, se irá y yo no tendré que lidiar con ella el próximo año —dijo—. ¿Has terminado de perder mi tiempo?

¿Qué quería Wen? Además de ser sumamente desagradable con todos y de exigir una segunda porción en cada comida, ¿qué era exactamente lo que deseaba el teniente Wen? Tristan entrecerró los ojos, concentrándose en esa pregunta.

—El próximo año —repitió—. Seguirás aquí el próximo año. No hay debate, tu destino ya está decidido y lo sabes.

El rostro de Wen se tensó con ira, y Tristan supo que había encontrado su argumento.

—¿Te gusta aquí, teniente? —preguntó el ladrón.

—Es una asfixia cotidiana, pero yo tengo que despertar a la mañana siguiente y volver al trabajo —contestó el teniente Wen con voz suave.

—¿Y qué pasaría si ya no hubiera razón alguna para que una guarnición permaneciera en el Viejo Fuerte? —preguntó—. Si, por ejemplo, las leyes que crearon ese laberinto se modificaran de manera que fuera insostenible.

El grueso teniente lo observó por un largo momento.

—Tres —dijo al fin, y mordió su manzana.

Tristan mantuvo la expresión serena mientras él era examinado a través de los lentes.

—Las órdenes vigentes dicen que, si alguien fuera de la guarnición llega a descubrir qué es el Ojo Rojo, no puede abandonar la isla con vida —dijo Wen con indiferencia—. Pero tú no descubriste nada, ¿verdad, Tristan?

El ladrón de cabellera oscura se quedó muy quieto. Pensó que no había revelado nada, pero había sido descuidado. Wen, bajo toda esa bravata y lenguaje colorido, era peligrosamente astuto.

—¿Te refieres al dios del culto? —preguntó, con la boca seca.

—Eres un maldito tonto —dijo Wen—. ¿Crees que eres la primera rata inteligente que desaparece durante la segunda prueba? Los superiores siempre supieron que, en ocasiones, alguien lograría entenderlo.

Los ojos de Tristan se estrecharon.

—Y, sin embargo, no has llamado a otros vigilantes —insistió.

El silencio se extendió entre ellos.

—¿Sabes qué significa realmente formar parte de la Guardia, chico? —dijo finalmente el teniente Wen—. ¿Cuándo eliminas todas las mentiras, la propaganda y esa historia adornada?

Sacudió lentamente la cabeza.

—Matamos a las criaturas que se alimentan de la humanidad —dijo Wen, y por primera vez no hubo rastro de burla en su voz—. Cuando el horror sale arrastrándose de la caja, cerramos la tapa con sus dedos.

El gran Tianxi enderezó la espalda.

—Durante el primer siglo —dijo—, buscamos maneras de matar al Ojo Rojo. Probamos de todo, desde Signos hasta máquinas de éter, gastamos una fortuna en esta isla perdida y sin futuro. Pero nada funcionó, y había tantos otros monstruos que no se podían encerrar por tan poca recompensa. Y costaba dinero, Tristan, matar a esos otros monstruos. Hombres, acero y barcos.

—Así que dejaron de intentarlo —dijo Tristan en voz baja.

—Cuando lo intenté hace dos años, la petición de fondos para nuevos esfuerzos ni siquiera llegó al Cónclave —dijo Wen—. El comandante Artal la miró y se rió. La comisión responsable de nuestra región ni siquiera la leyó, dijo. Mejor que me limpien el culo con ese papel, al menos así tendría algún propósito.

La expresión de Wen se ensombreció.

—Sea lo que sea que encuentres allí arriba, chico, no vas a jugar con ello simplemente —advirtió—. Vasanti quizá pueda arreglar eso. Pero no cambiará nada.

El vigilante se inclinó hacia adelante, con la luz de la lámpara reflejándose en sus gafas para ocultar sus ojos.

—Es una maravilla de los Antiguos, Tristan Abrascal, y tú vas a romperla.

Revision #1

Created 26 April 2026 09:41:28 by Michael Brown

Updated 26 April 2026 09:41:31 by Michael Brown